



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

PA 6641  
- 46  
IS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ  
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 3, BAJO

## PRÓLOGO

86.1  
V.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Conoci á Villaespesa hará unos diez años, en Madrid. Hallábame allí con varios otros autores dramáticos catalanes, cuando un amigo me presentó á ese poeta andaluz en la cervecería que está al lado del teatro de la Comedia. Entonces él era muy joven, y con otros jóvenes intelectuales redactaban una revista titulada *Renacimiento Latino*. Me mostró un par de números en que había versos suyos, y vi en él un verdadero poeta, y para animarlê le entregué algún trabajo para su revista, prometiéndole hacer lo posible para darla á conocer en Cataluña y América. Durante el tiempo que estuve en Madrid nos veíamos cada noche en la Comedia y hablábamos de Literatura, de Arte, de las nuevas tendencias que se iniciaban en el Extranjero, etcé-

tera, etc., y siempre estábamos conformes en que en el arte para el Genio no hay modas, pues es él el que las crea para los meros talentos que le siguen, y en que por lo tocante á la manera de producir, no hay más que dos: hacerlo bien ó hacerlo mal.

Desde esta pequeña temporada en que yo tuve el gusto de tratar personalmente á Villaespesa, no he vuelto á verle más, pero le he seguido en sus obras. Y éstas me han confirmado la opinión que de él tenía formada, y es la de que era un poeta genial, pero de un arabismo atávico.

Villaespesa es un caso patente de atavismo, un revenant, como se diría en Francia. Por uno de esos cursos raros aun no bien fijados por la ciencia antropológica y que á veces se nos presentan como si la Naturaleza se hubiera equivocado, Villaespesa nació varios siglos después de lo que, según la lógica vulgar, parece debiera haber nacido. Es un alma errante de un vate pérsico-árabe, que anda perdida á principios del siglo xx. Con una mente creadora como la de

los que redactaron el Mahabaratra y el Bundahes, ve una realidad ambiente que le extraña, y su pensamiento creador funciona en el presente como en aquella época en que se engendaban y modelaban los mitos antropomórficos. Su psicología es verdaderamente ancestral é irania. A él la Virgen María se le presenta cual Selené, la Diana casta ó la Diosa María; Santa María es para él como una mujer divina, personificación de la buena Naturaleza nocturna ó una divinidad propicia en forma de mujer que sólo sale de noche para prolongar la vida y ser consuelo de afligidos. Ningún autor de ninguna Apocalipsis, ni de Evangelio alguno, nos la presentó jamás tan buena, tan humana y tan real. Así la ve por la noche

«por los molinos y por las granjas  
dando á los niños pan y naranjas.»

Añadiendo al sentir su fragancia

«Olor á rosas dejan sus huellas.»

Y en sus excursiones nocturnas la describe diciendo que

«Lleva un manto lleno de estrellas;  
sopla en las ramas y brotan flores;  
suspira, y cantan los ruiseñores...  
Su cabellera mana rocío,  
y se abre en sendas de plata, el río,  
para que pase por la ribera,  
sin que se moje su pie siquiera.»

Según refieren los viejos de la alquería  
cuando

«Ronda de noche por los casaes,  
grana la espiga de los trigales,  
y con sus manos llenas de luna  
madura el fruto de la aceituna.»

Hasta los perros callan á su paso y van á la-  
merle sus blancos pies desnudos, como si pre-  
sintieran que va á ejercer la caridad sublime de  
amamantar niños que carecen de nodriza. Vedla  
cómo

«Del huerfanito, se acerca al lecho,  
limpia sus ojos y le da el pecho,  
y el niño duerme feliz, soñando  
que con los ángeles está jugando.»

Y por la madrugada, cuando va á apuntar el  
día, en la hora en que los enfermos de muerte  
exhalan su postrer suspiro

«Se inclina al lecho del moribundo,  
y cuando lanza su adiós al mundo,  
recoge el alma y emprende el vuelo  
hasta su hijo que está en el Cielo.»

Que se busquen en los Vedas, en los poetas  
iranios ó en las creaciones de los Aedas, una  
antropomorfización más poética y más hermosa  
de la divinidad nocturna.

Por eso afirmamos que en Villaespesa hay la  
reaparición de un alma mezclada de persa anti-  
guo y de árabe, pues en sus ficciones creadoras  
integra el elemento mazdeísta, dominando el se-  
mítico. Y tanto es así que hay momentos en  
que en él reaparece un cantor iranio de los  
tiempos de Zarhatustra, soldado del Bien y ser-  
vidor de Ormuzd, el Dios esplendoroso de la  
luz y de la vida, aunque esto sea á través del  
apasionamiento árabe. Mas si tiene el apasiona-  
miento sensual del árabe en varias de sus com-  
posiciones, siempre éste está sostenido por un  
ideal noble.

Aunque en el fondo de algunos de sus canta-  
res el impulso sensual se manifieste ardiente,

siempre está velado por las vaporosas gasas de una poesía que se eleva cual nube de incienso y mirra.

De súbito la nube se le disipa y entonces se encuentra extraño en nuestro medio ambiente y vuelve la vista á otros tiempos. Mas si mira hacia atrás, es impulsado por tendencia caballeresca y noble como el Quijote al soñar con una caballería no existente. Pero, como hemos dicho, sueña en tiempos más remotos que el héroe manchego. Su musa arcaica sale de las fuentes luminosas y sonoras de la España árabe de los Omeiadas. Parece que fuera la que inspiraba los poetas de Córdoba en la fastuosa corte de Hakan II.

Él mismo siente y declara que vino al mundo en una época que no es la suya, pero se equivoca al querer determinarla. Oidle cómo exclama:

«Yo nací con tres siglos de retraso;  
amo el justillo y el jubón de raso,  
el chambergo de plumas y la espada...»

¡Sí! él nació retrasado, pero no procede de la época del colete, el chambergo y la espada de

cazoleta ó de lazo, sino de otra muy anterior, que de tan distante como está de él no la divisa sino cuando está en los momentos de su inspiración culminante. Su época fué aquella de las cotas de finas mallas cubiertas por caftanes recamados de bordados orientales, de turbantes verdes manzana y puntiagudos cascos damasquinados con lemas cual este: «Mira recto y piensa alto»; de rodela con versículos de oro incrustados como aquel que dice: «Sé como el sándalo que perfuma hasta el hacha que lo parte»; de espadas de guardas caídas y de anchas hojas con inscripciones como éstas: «Nunca contra el débil ni contra la mujer». «A la mujer no se la puede pegar ni con una flor».

Su alma en aquellos tiempos vió justar caballeros árabes con caballeros cristianos, oyó las discusiones del Filsafet, conoció á Abulfaradaj y á Alkindi, y tal vez saludó á Averroes, mas no asistió á autos de fe, ni pasó en Flandes ciudades á degüello, ni como él se figura, atravesó á nado las Dunas, ni entró tambor batiente y enseña desplegada en ninguna parte.

Y la prueba es que cuando evoca su españolismo de la época de los Austrias, lo pinta cual no fué, y no lo siente con la fuerza que siente otras épocas cuya manera de ser fué más similar á la suya.

Se ha dado por decir que Villaespesa es el poeta esencialmente español, y aquí hay que definir lo que por español se entienda. España, ya lo hemos dicho en otros libros (1), es un conglomerado de razas, de pueblos, de estados y de civilizaciones diversas. En la historia existe Iberia como un territorio poblado por razas distintas. En ese territorio se han originado civilizaciones y estados diferentes. En las costas de Levante hasta el Ebro los autóctonos Celtas se cruzaron con Rodios y Focios, luego con Romanos ó gentes del Lacio. Los Godos estuvieron de paso, los Arabes fueron rechazados en seguida. Esto produjo la civilización Lemosina como en el Languedoc y la Provenza francesa. En Galicia y Portugal el elemento céltico autóctono fué cruzado con latinos, y luego con suevos y godos.

(1) «Herejías», «Cosas de España».

En el centro el elemento latino se cruzó poco con el autóctono; allí impuso su civilización más que su raza. Hay quien afirma que los autóctonos del centro eran de la misma raza altaica que los vascos. Otros hablan de una invasión de negroides en los tiempos prehistóricos. Por fin los godos dejaron hondo sedimento en las Castillas, y sobre todo los árabes, sarracenos, moros y demás invasiones mahometanas, aunque de razas distintas. En Andalucía, aunque la raza primitiva tuviera los mismos componentes de la castellana, obtuvo mayor parte de latina, y con Murcia y Valencia, recibió fenicios, cananeos y cartagineses, que sentaron en esos territorios sus colonias. Y sobre todo esto cayeron los árabes-persas, con griegos nestorianos, y más tarde, después de Almanzor, muslines africanos de varias razas.

Por causas políticas y diversas, la raza castellana predominó, y la Unidad española se hizo con la hegemonía castellana, y durante ésta conquistó el Nuevo Mundo y parte del Antiguo. Así se originaron varias civilizaciones hasta

que se perdió todo á fines del pasado siglo.

Así hay españoles de varias épocas y de varias razas, puesto que lo de ser español no quiere decir más que ser súbdito de un gran estado político que fué absolutamente católico y monárquico.

De Marquina se ha dicho que no era el poeta español por ser catalán-aragonés educado en Cataluña y en Francia. ¿Qué españolismo, pues, representa Villaespesa? ¿El de los Austrias? No ¿El de los Borbones? Tampoco. ¿El de los Reyes Católicos, conquistadores de Granada y expulsadores de moriscos? Menos. Villaespesa es un iranio cruzado de árabe y lo que representa su alma, y de lo que siente la confusa nostalgia, es de la civilización arábigo andaluza de los Omeiadas. Le falta aquella Córdoba, aquellos jardines y aquel libre pensar, libre sentir y libre trovar en los más sublimes casos. En su manera de ser se ve uno de los componentes típicos del alma polícroma española. ¡Sí!; pero es ese elemento arábigo persa que marchó á la conquista del mundo emigrando de Bagdad á Alejandría y de Alejan-

dría al país Ibérico, para extenderse por Europa. Su espíritu transmigrador en el espacio, como el de sus antepasados al transmigrar en el tiempo, á veces adopta la forma ambulante poética de un peregrino, que pasa, que va... ¿Dónde? ¿Quién sabe?

Él mismo lo ignora, y pide albergue y amor, y si lo obtiene, se va al día siguiente como impulsado por una fuerza misteriosa que le obliga á andar, lo mismo que si se lo rehusan. Y anda sin guía ni norte, pues, para él

«El pasado es una sombra,  
es una niebla el futuro  
y un relámpago el presente...»

Y deslumbrado por ese relámpago, que en él atenúan las sombras del pasado, no divisa en la niebla del futuro el punto que busca. Así su marcha es incierta

»porque al caminar pudiera  
tropezar en el sepulcro.»

Y este relámpago del presente tampoco lo ilumina, para ver claro lo actual. Perdido en este siglo, que no es el suyo, él lo encuentra sin

ideal y vuelve hacia atrás y se dirige en busca de ideales á otros, cosa muy natural, por la ilusión propia de lo que fué, tan bien descrita por Jorge Manrique cuando exclama:

«Como á nuestro parecer  
» cualquiera tiempo pasado  
» fué mejor.»

Así salta de época en época, errante, en busca de ese algo que solo entrevé confusamente.

«Nuestro siglo no tiene ideales», exclama, sin verlos; pues no los reconoce por tales cuando los encuentra á su paso. Y nuestro siglo los tiene, y demasiado imperativos por desgracia, pues las masas no pueden prescindir de tiranía, y destruida una se crean otra. El prescindir de ídolos es sólo reservado á los espíritus superiores. Los ídolos del proletariado moderno no son ni el Molok de Cartago, ni el Crucificado sangriento que conducían á la hoguera á millares de víctimas, pero conducen á los pueblos á conmociones, á revoluciones violentas, y en ciertos casos, aun á guerras de exterminio. Son abstracciones absolutas, ídolos del cielo lógico que las masas ven

delante. Sí! La Justicia igualitaria, la nivelación social, la libertad en sí, el deber imperativo, etcétera, etc.

Antiguamente las fuerzas cósmicas eran personificadas, divinizadas y constituían la idolatría cosmológica del paganismo. Después, con la unidad de lo divino, vino el cielo teológico, que estaba encima de nosotros y fuera de la vida, otra clase de idolatría tiránica. Mas hoy, las multitudes no creen en él fuera de la vida y quieren realizar los absolutos en esta vida, y los ven delante en un cielo lógico que se han forjado lleno de mitos, y estos ídolos los tiranizan como los otros, bajo la forma de ideas absolutas que siempre son irrealizables. Ojalá predominaran ideales menos imperativos y más dubitativos! Una duda discreta, un grano de escepticismo humanitario, como tuvieron Erasmo, Rabelais, Montaigne, Voltaire y el Carlyle humorista, han hecho más bien á la especie humana que todos los ideales absolutos.

El alma de Villaespesa no es de las que puedan ser sugestionadas por esos ideales imperati-



vos. Él es más bien un contemplativo que mira al mundo como un espectáculo y sus ideales son humanos, sensuales y poéticos. Por eso toma á manos llenas la ola del ingenio allí donde la encuentra. Así en él se hallan aliadas la métrica castellana antigua con la lemosina y aun diré con la italiana, y dan ritmos nuevos, sonoros y mágicos que su concepción creadora modela con intensa fantasía. Con una gran potencia de color, con luminosidad irisada hace resplandecer frases que parecen las piedras de una joya bizantina, ó las bordaduras arabescas de un tapiz de Oriente. A veces, con una lánguida suavidad sonora nos hace soñar en las caídas de las tardes en Florencia ó en Venecia, ó con melancolía triste y dulce, como la de un retablo sobre dorado fondo, nos hace ver otra Andalucía que no es la de busto moreno y castañuelas que repiquetean mientras serpentea su cuerpo y se agitan los largos flecos de su pañolón de Manila.

Andaluz por esencia, la melancolía le invade en sus momentos de calma, tomando á veces la forma cruel de los cantares de aquella tierra,

en los cuales campean cárceles, hospitales, cementerios y ejecuciones. Así gime en uno de esos momentos:

«Por tu causa, por tu causa,  
me llevarán al patíbulo,  
con las manos amarradas  
y vestido de amarillo!»

Pero pronto se vuelve á elevar y exclama:

«Granada, Granada mía,  
quien pudiera á ti volver,  
aunque tuviera que ir  
destrozándome los pies,  
pidiendo de puerta en puerta,  
sin dormir y sin comer.»

Siempre es un gran poeta que vive soñando, ya sea en Andalucía ya en otro sitio, y al ver una mujer hermosa sueña en que la vida es una novela.

«¡Ah, quién hiciera — me decía, --  
de mi existencia una novela!  
¿Graciela,  
Werther ó María?»

Tal es Villaespesa, poeta atávico, soñador

romántico, oriental, con todos los refinamientos de las civilizaciones esplendorosas á punto de agotarse, que anda cantando amor y recuerdos, perdido en un presente que no es el suyo.

POMPEYO GENER.

## DEDICATORIA